

QUIRÓN
GRUPO HOSPITALARIO

Manos expertas

**III Premio Quirón
de Relatos Cortos
Textos Ganadores**



ISBN: 978-84-939737-1-1

Depósito Legal: M-00000-2011

Editado por Gráficas Alberdi. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o electrónico.

Primera edición: diciembre 2011.

PRESENTACIÓN	07
EL HAZ DE LUZ	09
de D. Fran Álvarez Charneco	
<i>Relato ganador</i>	
ETAPAS DE FE	21
de D. Félix Amador Gálvez	
<i>Primer accésit</i>	
TIC TAC	37
de D. Ignacio Cisternas Tirapegui	
<i>Segundo accésit</i>	

GRUPO HOSPITALARIO QUIRÓN ha organizado por tercer año consecutivo una iniciativa que nació en 2009 y que desde su creación ha despertado un gran interés entre los participantes. Con esta tercera edición del PREMIO QUIRÓN DE RELATO CORTO continuamos apostando por un galardón con el que proponemos la escritura y la lectura como actividades beneficiosas para el mantenimiento y la recuperación de la salud.

El objetivo de este proyecto ha sido una vez más estimular y dar a conocer la obra de nuevos creadores que pretenden abrirse camino en el campo de las Letras y, por otro lado, ofrecer un servicio adicional y promover la lectura entre los pacientes de Grupo Hospitalario Quirón.

Este libro recoge los trabajos literarios del ganador y los dos accésit, que han sido, en primer lugar, *El Haz de Luz*, de D. Fran Álvarez Charneco; en segundo *Etapas de Fe*, de D. Félix Amador Gálvez; y en tercero *Tic Tac*, de D. Ignacio Cisternas Tirapegui.

El Premio está dotado con 1.000 euros para el ganador, dos accésit de 500 euros para cada uno de los dos finalistas, así como con la publicación de los tres relatos finalistas en un libro que se repartirá en las habitaciones de todos los hospitales Quirón.

Nuestro más sincero agradecimiento a todos los participantes así como a los componentes del jurado del III Premio de Relato Corto del Grupo Quirón, presidido por Doña Pilar Muro, presidenta de Grupo Hospitalario Quirón, y compuesto el Dr. D. Alberto de Cecilia Gómez, médico de Hospital Quirón San Sebastián; Doña Alicia Ibares Carrillo, delegada en Aragón de la Agencia Europa Press; Doña Carmen Cordon, periodista y escritora; D. Francisco Martín Martín, filólogo y primer accésit del Primer Premio Quirón, y la Dra. Doña Elena Gazapo, decana de la Facultad de Ciencias Biomédicas de la Universidad Europea de Madrid.

EL HAZ DE LUZ
D. Fran Álvarez Chaneco

UN ENORME SETO central dividía los dos patios, los dos edificios, las dos vidas. A un lado, la parte de las niñas. Al otro, la nuestra, la de los niños. El colegio no era muy grande pero, por lo visto, y a pesar de la dificultad del tamaño, parecía que sí, que aún se podía dividir en dos mitades prohibidas y absolutamente locas. Prohibida porque era impensable que se pudiera profanar el lugar contrario al que tú estabas. Y loca porque andábamos todos como locos intentando profanarlo. Los de un lado y los del otro. No había ni un solo pensamiento a lo largo de toda la jornada escolar que no fuera el de ver, oír o sentir, a hurtadillas, por encima del seto, entre los ramares del seto o sobre las raíces del seto, lo que aquellas niñas nos arrojaban desde sus ojos, desde sus manos o desde sus voces. Es decir, toda su artillería pesada. Todas sus luces y todas sus sombras. Y eso sin contar con las diminutas e incipientes curvas que ya empezaban a ceñirse en sus blu-

sas apretadas y en medio de nuestros estrechos pantalones cortos. ¡Dios!, hubiera jurado delante de una Biblia que mis doce años me estaban matando sin piedad, que me estrangulaban cuerpo y alma sin darme apenas cuenta, como una mecha prendida en busca de su propia bomba de carne.

Allí estaba yo, ¡sí señor!, sentado en mi pupitre verde rancio, viendo por el rabillo de un ojo a don Eulogio, regla de madera en mano, señalando en un viejo mapa de España los afluentes del Tajo y del Duero y, por el otro ojo, intentando con la imaginación saltar la espesura del tupido seto a través de los ventanales de la clase. Pero eso era, por llamarlo de algún modo, una misión casi imposible. La de un ojo y la del otro. No llegué a quedarme bizco porque creo que siempre fui un niño con suerte. Sin embargo, Luis Robledo, mi compañero de mesa, y el más atrevido sin lugar a dudas, daba siempre un paso más que nadie. Aprovechaba los segundos en los que don Eulogio giraba su cabeza hacia la pizarra, explicando algo, para levantarse como un rayo y mirar al edificio de enfrente donde veía cómo las niñas cuchicheaban entre ellas y cargaban los rifles de sus miradas con asesinas balas azules que siempre daban en el blanco de nuestras lujuriosas inocencias.

Aunque eso no era lo peor. A la hora del recreo, los profesores y profesoras, cada uno en su correspondiente lado

del seto, ¡claro!, montaban una rigurosa guardia imaginaria, a lo largo de toda aquella frontera verde, como si fueran auténticos soldados de élite defendiendo la posición marcada por el alto mando. Siempre iban por parejas. Escudriñando horizontes, fumando, con las gafas caídas sobre la punta de la nariz como radares de última generación y apuntando en sus cuadernillos de guerra cualquier insolencia, arrojo o fuga extraña de sentimientos ajenos. ¡Ah!, y no se admitían ni pases de favor, ni documentos, aunque estuvieran firmados por el mismo Jesucristo bajado de la cruz, ni palabras dadas, aunque hubieran sido prometidas ante la tumba abierta de nuestros padres. Aquel límite de la discordia se mantenía cerrado a cal y canto de once a once y media de la mañana. Y por allí no podía pasar nadie. ¡Qué digo pasar!, ni siquiera detenerse, ni mirar siquiera, ni lanzar desde una parte a la otra algún papel estrujado en forma de bola para que, al otro lado del mundo, alguien supiera de nosotros, que estábamos allí, prisioneros desahuciados en una auténtica e irreparable pesadilla. Y que, además, no podía haber ni indulto ni rescate posible. Bolas de papel como si fueran botellas llenas de mensajes vitales, de testamentos de sangre, lanzadas inútilmente sobre una mar gruesa y enfurecida:

“Carlos está por Laura”... “¡Cristina, nos vemos después de clase en el quiosco de las flores! ¿Vale?”... “Lucía, soy Dani,

¿por qué estás tan triste hoy?, ¿es que te he hecho algo?...”
“Tengo un regalo para ti, Anabel. Es una cajita con un beso.
¿La quieres?”...

Yo qué sé, miles y miles de frases que podrían confundirse con los más hermosos poemas de la Literatura Universal, escritas a escondidas con el carboncillo negro de las clases de dibujo, y temblando de miedo por si nos pillaban, entre polinomios y listas de reyes godos, entre tablas de elementos químicos y asquerosas disecciones de sapos resecos y desamparadas lagartijas. ¡Malditos años! ¡Y malditos aquellos setos que nos cortaban en dos el corazón y el aliento como si fueran afilados cuchillos de carnicero!

Y después, a las dos de la tarde, cuando sonaba el timbre desde el despacho de don Antonio, el director, de vuelta a casa, a la rutina, a la vieja y destartada casa de vecinos, a mi vieja y humilde casa construida a principios de siglo, con aseos comunes en cada planta y sentimientos dispares detrás de cada puerta. Y lo hacía cabizbajo y cansado de tantas batallas perdidas y tantos millones de sonrisas desperdiciadas. Con mis derrotados doce años al hombro y mis aplastadas ganas de vida oprimiéndome el pecho como una olla a presión. Perdido. Como un maldito bufón sin rey. Y apagado. Como un imponente silencio que no es capaz de encontrar su noche. Con la mochila

llenita de sueños absurdos y unos cuantos libros de texto garabateados en todos los márgenes de todas sus páginas con un *Bic Naranja* de punta fina con el que a todas horas intentaba componer historias imposibles.

Después de comer, ¡bueno!, después de comer ya me olvidaba de todo, sacaba la libreta roja en donde apuntaba mis delirios y... sonreía de nuevo. Trataba de saltar, como lo hacía mi compañero Luis en clase, por entre mis propios pensamientos, para construir una frase lógica, o irracional, la verdad es que aún no lo sé muy bien, que me pudiera llevar con sus palabras a otros universos. A uno de esos mundos donde los setos estuvieran prohibidos y la risa, por ley, era obligatorio que fuese contagiosa, donde el techo del cielo fuera del mismo color celeste para todos y donde los afluentes del Tajo y del Duero pudieran llegar a ser hasta maravillosos. Un mundo loco y divertido que no nos apretara la garganta tanto como este.

Un día, a primeros de junio, llegaron nuevos vecinos a la casa. Día de mudanzas, de alboroto y de susurro de muebles en busca de nuevos rincones. Fue la primera vez que la vi. Estaba sentada en el bordillo de la acera, junto al camión que la trajo de lejos. A ella, a sus dos hermanos pequeños y a sus padres. Quizás tuviese un par de años más que yo. Canturreaba alguna canción entre dientes. Pasé a su lado para verla de cerca. Silbando bajito.

Disimulando. Coqueteando. Creo que ni me vio. Sus ojos eran tan negros como el carboncillo que usaba en el colegio. Sólo me faltó pedírselos prestados para escribir mi nombre en un papel con forma de bola y decirle que yo existía, que vivía al otro lado del seto donde lloran los niños que jugamos a ser hombres, en el primer pasillo de viviendas del ojo de patio, justo tres puertas más abajo que la de ella. Pero no hizo falta, me miró, dibujó una sonrisa en sus labios, me dijo que se llamaba Marina y echó a correr hacia su casa. Todos mis sueños, los del pasado y los que aún no había tenido, se fueron corriendo detrás de ella.

En verano, por las noches, tenía la gran suerte de que la terraza del edificio daba a la parte trasera de la enorme pantalla de tela del cine Avenida. Se veían las imágenes al revés. Pero me daba igual. Creo que hasta me gustaba más. Me sentía un privilegiado. Tenía la sensación de que yo era la única persona en el mundo que podía contemplar la película de esa forma tan sorprendente y maravillosa. Tal vez, una película nueva, distinta a la que todos conocían. Filmada para mí solo. Me sentaba en el suelo, a pocos metros de las empinadas calles de San Francisco o de las ocres praderas del salvaje Oeste, en el centro de un ring peleando a brazo partido con el malvado *Fu-Manchú* o dormido en una cama junto a la mismísima *Lauren Bacall*.

Llegaba incluso a comer hasta cuatro o cinco bolsas de pipas, sin pestañear siquiera, hasta que el *The End* me despertaba de todas mis fantasías. En hora y media había llorado, reído, maldecido, o incluso suspirado. Y después, con lentitud extrema, como cuando sonaba el timbre del colegio, descendía hacia mi casa, cabizbajo y cansado, otra vez, de tantas batallas perdidas y tantos caminos extraños. Con los ojos llenitos de lunas y charcos y los bolsillos del pantalón repletos de besos, aventuras, olvido y memoria. Aquel día bajé un poco antes de lo habitual. En uno de los cortes se quemaron varios fotogramas de la cinta y tardaban en arreglarla. De todas maneras ya la había visto cuatro veces. Yo siempre he visto todas las películas tres o cuatro veces. Así que, esa noche, preferí descansar. Bajé despacio. Sin encender las luces de la escalera. Conocía cada uno de los escalones, de las esquinas, de los pasamanos caídos y las baldosas desprendidas. Todo formaba parte de mí, de mi vida, de mi mundo, de mi locura de niño. Al llegar al último pasillo, en la última ventana de la casa de Marina, la de su habitación, me detuve. Estaba cerrada, pero la luz amarillenta del interior intentaba hacerse hueco a través de una pequeña rendija en la madera del marco. Pegué el oído para tratar de escuchar su respiración, o su voz, o algo. Nada. Un silencio nocturno fue la única respuesta. Lo único que pude llegar a

percibir fue el eco desbocado de mi propio corazón. Tragué saliva. Una leve sombra se movió ligeramente a través de los impenetrables visillos. Temblaron mis manos por el atrevimiento. Y mis piernas. Y mi todo. Me sentía como un flan de gelatina a punto de desmoronarse sobre un delicado plato de porcelana. Pero di un paso más, yo que nunca me atreví a dar pasos de más. Y lo hice igual que lo hacía mi amigo Luis en su descascarillado pupitre verde rancio cuando don Eulogio giraba la cabeza. Como un zorro al acecho en una estrecha madriguera. Oculto entre esquinas dobladas y sombras perfectas y fugaces. Cuando acerqué mis ojos al haz de luz de la madera quebrada, no sabía que detrás de ella estaba el destino llamándome a gritos y dispuesto a cambiar para siempre el resto de mi vida...

¿Cómo contarle a Marina que la imagen que vi se me grabó a fuego en los acantilados más profundos del alma? ¿Cómo expresarle que su cuerpo, erguido y desnudo, en el centro geométrico de aquel barreño de zinc, abrió, a quemarropa, todas las botellas llenas de mensajes que había estado arrojando al océano azul de mis sueños? ¿Cómo describirle la belleza de su mano recogiendo el agua templada del fondo con una esponja rosa para, después, derramarla con delicadeza sobre la intimidad de sus pechos y su vientre? ¿Cómo definirle con palabras exactas que su baño

de espuma clara se vació vertiginosamente sobre la herida abierta de mi corazón loco?... ¿Cómo?...

Fueron apenas veinte segundos, pero juraría que estuve allí, petrificado y boquiabierto, detrás de aquella claridad sonora de la noche, más de veinte siglos. Pero, sobre todo, cómo hacerle saber que estos sesenta y dos años que llevo con ella no los hubiera cambiado por nada. Hoy vuelvo a mirar sus ojos negros, esos que son del color del carboncillo, para descubrir con asombro que ya no existen fronteras ni patios prohibidos. Ahora, por fin, ya me he dado cuenta. Ahora, que la vuelvo a ver desnuda, de nuevo, y sentada en una silla de plástico bajo el chorro suave de nuestra ducha. Ahora, cuando es mi mano consumida por la vejez la que lava con delicadeza su pelo blanco y su cuerpo arrugado e inerte con esponjas de olvido. Ahora, cuando mis dedos desvían sin querer la atención de su mirada perdida durante un instante mágico. Ahora, cuando su voz sólo puedo ser capaz de medirla en gemidos y silencios y cuando ella ya no recuerda ni quién soy, ni cómo me llamo.

¿Cómo?... ¿Cómo?... Ahora, que ya he saltado al otro lado del seto, de los miedos, del futuro, que ya no hay soldados de élite escudriñando horizontes perdidos ni sentimientos ajenos, que he visto con ella, a través del espejo retrovisor de nuestra vida, todas las calles de San Francisco y las

ocres praderas del salvaje Oeste, igual que las veía en mi viejo cine Avenida de verano. Y que he besado sus labios un atardecer, a orillas del Duero, con un poema de Machado grabado a fuego en la memoria.

Fue allí, detrás del haz de luz. Sí. Allí ocurrió. En apenas veinte segundos, pero los suficientes como para descubrir que hay un millón de mundos nuevos donde el cielo es de un celeste radiante y la risa es, por ley, obligatoria para todos.

ETAPAS DE FE
D. Félix Amador Gálvez

MI HIJO TIENE cinco años y es más listo que yo. Supongo que todos tenemos esa sensación en algún momento de nuestra vida como padres, del mismo modo que todos atravesamos en algún momento una etapa que no hubiéramos podido superar sin la ayuda de los demás. Más tarde o más temprano, al volver una página, ese capítulo aparece y se nos pone ante los ojos como una muralla infranqueable. La fortuna de pasar al otro lado depende, en gran medida, de la calidad de quien tengamos al lado y de la fe en una vía de salida que no podemos vislumbrar. Esta mañana he salido a dar una vuelta por el centro. En realidad, sólo salí para comprar el periódico, o eso fue lo que le dije a Sara, pero lo cierto es que necesitaba pensar, sentir el aire de la mañana y pasear sin rumbo para poner en orden ciertas ideas. Los compañeros decían que todo estaba pactado y que no teníamos nada que hacer, ni los sindicatos ni los emplea-

dos. El destino. El *status quo*. Eso decían. Deberíamos haber imaginado algo cuando nos rebajaron el sueldo; nadie se la juega así a los que movemos la máquina, pero lo hicieron. Después, vino lo de la paga. Nos rebajaron la paga extra a la mitad, más o menos, un cuarenta por ciento de reducción por el bien de todos. Para paliar la crisis, dijeron. Con esto, ni siquiera tenían para tapar los agujeros que ellos, los de Arriba, habían provocado. Los de Abajo pataleamos, como siempre, y, como siempre, no conseguimos nada, ni siquiera alterar su experimentada indiferencia. Ahora estoy en el paro.

Esta mañana el cielo estaba plomizo, como siempre pensé que estaría el cielo gris del París de Cortázar. Toda la mañana deslucía un color apesadumbrado. La calle estaba sucia, gris. Había tiendas cerradas por donde quiera que pasaba: relojerías, tiendas de regalos, cafés, panaderías... Todas me ofrecían el mudo y abatido gris metalizado de sus rejas cerradas. Quizás un día todo este sistema eche el cerrojo y tengamos que vivir como lo hacían nuestros abuelos, de la subsistencia o de la tierra o de la fe. Los carteles que venden pisos que son hogares ocultan los que anunciaban una huelga general que nadie pudo permitirse. De la misma manera, unos recuerdos tristes tapan otros que pretendemos más tristes. Mi vida se balancea en la incertidumbre. Dice una estadística que hay tanto para-

do que sólo quedan en activo los funcionarios, los enchufados y los que trabajan de tapadillo, a cambio de dinero negro.

Mirando el escaparate vacío, como campo de batalla reciente, de una relojería muy popular, pensé en lo feliz que era de niño, cuando lo quería todo y no tenía nada. Quizás la suerte es que a esa edad se olvidan las carencias como se olvidan las cosas que no es bueno recordar. Hoy en día los niños ya no son así. Vienen maliciados de la televisión y razonan, esto es, razonan como niños, pero no olvidan.

Mi hijo tiene una memoria prodigiosa, para mi felicidad y para mi vergüenza. Digo esto porque hace una semana me devolvió los efectos de una noche de Reyes de cuando él contaba sólo tres años. Ahora tiene cinco y parece mayor, aunque yo lo sigo viendo como un renacuajo.

Hace dos años estaba allí de pie, frente a todos los regalos que los Reyes Magos, sus abuelos, sus tíos y mi tarjeta de crédito le habían dejado encima de la cama aprovechando un descuido.

– No me han traído el Scalextric –dijo con su voccecita de recién levantado. En realidad, no dijo “Scalextric” sino algo mucho más complicado y difícil de transcribir, pero el mensaje nos llegó. Todas sus ilusiones del año anterior habían consistido en recibir un Scalextric para Reyes.

Cada vez que consideraba que se había portado bien nos lo recordaba.

Por eso aquella noche, mientras hacía un inventario de los regalos que le habían dejado, sólo se le ocurrió reclamar el Scalextric. Su madre y yo nos miramos. Los abuelos, que habían oído toda clase de comentarios a lo largo de su vida, sonrieron con condescendencia. Sara y yo habíamos olvidado que el chico había pedido un Scalextric, o quizás lo habíamos obviado pensando que era demasiado juguete para un niño tan pequeño. El Día de Reyes no hubo Scalextric. Mi hijo no dijo nada, sólo examinó los regalos, los contó y buscó afanosamente el regalo esperado.

— ¿Te gustan los regalos? —preguntó su madre, demasiado apresuradamente.

Entonces todo cambió. La expresión de sus ojos dejó de ser la de un niño en el Día de Reyes. Su sonrisa indecisa se transformó en una mueca de decepción al principio y de desesperación después. Algo en su mente en formación le indicó que sus esperanzas habían sido en vano. Por descontento, el resto de los que allí estábamos ignorábamos su preocupación y no supimos explicarnos el motivo de su llantina cuando por fin rompió a llorar.

Sara corrió a abrazarlo, envolviéndolo en palabras de ánimo y promesas de futuros Días de Reyes más propicios. El abuelo, sin embargo, reaccionó riñendo al niño, remar-

cándole el valor de todo lo que había recibido, de los tiempos que tenía la suerte de vivir, y haciendo una comparación no muy oportuna con los años que a él le tocaron. Yo estaba anonadado. Era un padre primerizo. Aquél era mi tercer Día de Reyes como padre y todo estaba saliendo mal. No sabía qué pieza mover. Sara me miró con una petición angustiada en los ojos. Me agaché junto al niño.

– ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? –le pregunté, tratando de que mi voz no mostrase la inseguridad que zarandeaba mis cuerdas vocales–. ¿Es que no te gustan los regalos? Mira que los Reyes Magos han viajado un millón de kilómetros para traértelos...

La llantina no acababa. Amenazaba con convertirse en algo peor. Sara cogió un peluche de Pepe Planeta, el personaje favorito de los gustos televisivos del niño. Se lo puso ante los ojos.

– Mira quién está aquí. ¡Pero si es Pepe Planeta!

Mi hijo apretó los labios y sacudió la cabeza energicamente, como si negara todo lo que estaba ocurriendo. Sara cogió una de sus manitas e intentó que abrazara al muñeco, pero sólo obtuvo una esperable reacción de rechazo. Cruzó los brazos y giró la cabeza hacia donde no podía vernos.

– ¿Es que hay algún juguete que no te hayan traído? –pregunté en un atisbo de inusitada lucidez. Por primera vez,

lo de ser padre se me estaba dando mal. ¿O es que antes no había tomado conciencia de mi propia ineptitud?—
¿Falta algo de tu carta a los Reyes?

Asintió sin volverse a mirarnos.

— Y... ¿podemos saber qué es?

Volvió la cabeza el tiempo justo para gritar: ¡El Scalextric! Supongo que todos los niños hemos pedido alguna vez un Scalextric a los Reyes y creo que a los Magos les falló la memoria con la mayoría de nosotros. Mi hijo nos gritó aquello con la superioridad del maestro ante el ignorante. ¿Cómo no habíamos caído? ¿Es que no habían quedado claros sus deseos?

— Lo había pedido. ¡Lo había pedido en la carta!

Sara y yo nos miramos. Al observar la expresión del otro, ambos comprendimos que ninguno de los dos recordaba que el chico hubiera pedido un Scalextric.

Traté de ser conciliador.

— Recuerdo todas las cosas que pediste en la carta. La escribí yo, ¿recuerdas? —Sara asintió, pero del chico no obtuve respuesta alguna—. No recuerdo que nombraras el Scalextric.

Se volvió. Estaba claramente enojado.

— Claro que sí. ¡Lo escribiste! ¡Escribiste el Scalextric! —gritó, y se zafó de los brazos de su madre para ir a refugiarse en el cuarto de juegos.

Apenas oí la discusión que mantuvimos Sara y yo en los minutos que siguieron, ni presté atención a los comentarios que los abuelos trataban de intercalar para paliar nuestra inexperiencia; me sentía un padre nefasto, un descuidado sin sentido de la responsabilidad, un padre culpable.

Como un sonámbulo, dejé de prestar atención a Sara y di un paso atrás, y otro, y otro, y me alejé de la conversación con la vista perdida en la puerta de la habitación de juegos. Me giré en aquella dirección y, al hacerlo, tropecé con los juguetes. Me incliné para reparar el destrozo y uno de los paquetes me dio una idea. Abrí el regalo con urgencia en las manos. Rompí el papel. Forcé la caja para abrirla, desafiando el celo recalcitrante de los fabricantes, que habían sellado aquella caja como si estuvieran vendiendo una bomba de neutrones y no un teléfono musical apto para menores de tres años.

Toqué a la puerta del cuarto de juegos. No vi a mi hijo por ningún lado, por lo que supuse que se había refugiado dentro de una pequeña tienda de campaña que le regalamos por su cumpleaños. Es una tienda de juguete, con personajes de dibujos animados serigrafiados en los laterales.

Me puse a gatas y entré a duras penas. Sonrió al verme, aunque un segundo después apartó la mirada. Sin embar-

go, se le notaba con claridad que los derroteros por los que circulaban sus pensamientos lo habían alejado de la decepción del Scalextric. Me puse el teléfono en el oído y presioné al azar uno de sus botones. Una musiquilla chillona tarareó una canción infantil. Mi hijo fingió indiferencia. Era el momento.

– Es para ti –susurré, alargándole el auricular de un plástico rojo insultante.

Volvió la cabeza con precaución. No miró el teléfono. Me miró a mí.

– ¿Quién es? –preguntó con la inocencia de sus tres añitos.

– Es Pepe Planeta –improvisé.

Dudó, cogió el auricular y volvió a dudar. Por fin, se lo puso en el oído y le oí decir:

– ¿Diga?

Sonreí. Tenía el mismo deje de su madre al contestar al teléfono.

– ¿Es él? ¿Es Pepe Planeta? –pregunté, jugándome el éxito de la operación.

Para mi consuelo, mi hijo asintió.

Pepe Planeta es su personaje favorito de la televisión. Lleva un traje colorido, al estilo de Superman, y se pasa la vida solucionando problemas a los niños e intentando que los malos no destruyan el medio ambiente. Mi hijo podría

pasarse las veinticuatro horas del día viendo esos dibujos animados. Otra cosa, no, pero cuando está viendo los dibujos de Pepe Planeta se olvida de comer, de jugar e incluso de que el resto del mundo existe. Un día le pregunté por qué le gustaba tanto. Me respondió como una persona adulta.

– ¿A ti te gusta la tele, papá? –Yo asentí—. ¿Qué te gusta? Reí.

– Me gusta ver el telediario.

– ¿Por qué? –preguntó.

Yo me encogí de hombros.

– No sé. Porque me gusta cómo el hombre del telediario da las noticias. Me gusta su punto de vista y su visión de... Asintió, severo, como aprobando la calidad de mis amistades.

– ¿Te gusta el hombre del telediario?

– Sí...

– Pues a mí me gusta Pepe Planeta.

Y ahora allí estaba él, charlando de sus cosas con un Pepe Planeta invisible al otro lado del teléfono, como charlaría con un amigo si tuviera edad para hilar una conversación coherente; pero, aunque sus frases fueran saltando de un asunto a otro desordenadamente, su tono se apaciguó y no tocó en ningún momento el tema de los regalos de Reyes ni la frustración de no haber recibido el Scalextric espera-

do. No puedo describir con palabras la conversación que mi hijo tuvo con aquel teléfono de plástico rojo en la oreja. Mi hijo tiene una imaginación inquieta y sorprendente. Supongo que la televisión tiene mucho que ver con ello. Lo más fascinante, lo maravilloso, fue que en ningún momento sacó el tema del padre irresponsable que se había olvidado de escribir la carta según sus deseos.

Se lo he agradecido durante los dos años que han pasado, a pesar de que todos olvidamos enseguida aquella noche. La prueba es que al año siguiente ni él incluyó el Scalextric en la carta a los Reyes ni nosotros dos nos acordamos...

Ahora las cosas se han torcido y pensamos en otras cuestiones. Este año, después de Reyes el mundo se nos vino encima. A Sara la despidieron, como a la mitad de la plantilla, aduciendo cuestiones de productividad, aunque lo único probable es que el negocio hubiera dejado de ser rentable para los propietarios. La reforma laboral les permitió una jugada de ajedrez en la que resultó sencillo sacrificar los peones y además estaba subvencionado. Por suerte, había cotizado los años suficientes para tener derecho a un subsidio. Podríamos superarlo, pensamos, pero lo malo de tener un problema es que, cuando tienes otro, ya son dos problemas juntos.

Un mes después, comenzó la zozobra. Nos habían bajado el sueldo, nos continuaban exigiendo productividad y

amenazaban con recortarnos un cuarenta por ciento la paga de Navidad. Nadie se movió. Todos pensábamos que era ilegal un recorte de este tamaño. Veíamos las pensiones de los jubilados congeladas y, aún así, creíamos que esta maldita crisis no iba con nosotros. Las compras de Reyes se vieron recortadas un cuarenta por ciento. Muchas tiendas cerraron antes de terminar la campaña navideña. Sara y yo hicimos ajustes y previsiones, recortamos el menú de Nochebuena y cumplimos fielmente con la carta a los Reyes Magos. Todo marchó a la perfección porque ni el chico ni nosotros nos acordamos del Scalextric.

Enero fue peor, con el sueldo más bajo y la promesa de un recorte mayor. No hubo recorte. Febrero vino con una carta de despido y, como un mal compañero, me fui a llorar a mi casa sin preguntar si habían caído más como yo. Supongo que la naturaleza humana es así.

Estaba en el sofá una tarde de hace dos semanas, apesadumbrado, con la vista perdida delante de un café frío, cuando noté una presencia.

Mi hijo me observaba.

Supongo que sentí un escalofrío de inseguridad. Lo único que he hecho en las últimas semanas es levantarme con el tiempo justo para llevarle al colegio y desayunar despacio, consumiendo el máximo número de minutos posibles para no comenzar el día. Después, salgo a comprar el

periódico y suelo deambular por las calles con él bajo el brazo, doblado, dilatando ese momento de comprobar que no contiene ofertas de empleo para mí. Cualquier esperanza, por vana que parezca, merece la pena disfrutarla unos minutos más. Atravieso una etapa de fe, porque no vivo, sólo miro a un futuro que quiero que exista. Camino por calles grises como el destino, doblando esquinas como quien se adentra en una nube. Todo suele estar borroso a esa hora. La noche cae a las tres de la tarde, después de almorzar, cuando el chico se acuesta para la siesta y Sara sale a algún curso.

Uno de esos días, hace una semana, me estaba ahogando en este estado de embriagada angustia cuando vi a mi hijo allí de pie, observándome. Supongo que parte de lo de ser un buen padre consiste en ocultar cualquier tipo de sentimiento que pueda confundir o preocupar a nuestros hijos. Yo no fui capaz. No tenía nada positivo que decirle, e intentar hablar fue la peor idea del mundo. Se me hizo un nudo en la garganta. Rompí a llorar.

Cuando conseguí calmarme un poco, me topé con su mirada. Seguía observándome. Yo lo miré. No fui capaz de decirle nada. Sólo pude asistir al espectáculo de su confusión contenida y a la forma en que se giró y desapareció en dirección a la habitación de los juegos.

Tomé aire. Necesitaba disimular y conseguir que el chico

se acostase de nuevo. En ese momento, regresó al salón. Traía en su mano un juguete. Me lo tendió y yo lo cogí. Quise decirle que no tenía ganas de jugar, pero no encontré fuerzas. Estuvimos observándonos un rato sin que ninguna frase saltara al aire. Mi hijo me miraba con obstinación a los ojos. Supongo que vigilaba que ninguna lágrima asomara a ellos. Hice una mueca que quería ser una sonrisa. Él la malinterpretó.

– Tienes una llamada –dijo en voz baja.

No supe qué contestar. No imaginaba a quién se refería. En realidad, mi mente estaba en otra cosa.

– ¿No quieres hablar con tu amigo? –insistió.

– ¿Qué amigo? –respondí de forma automática.

– Tu amigo, el hombre del telediario –respondió con naturalidad.

– Fue en ese momento cuando me percaté de lo que tenía en la mano. Era un teléfono musical que le habían traído los Reyes algunos años atrás.

Él volvió a insistir. Yo levanté la mano y me puse el teléfono de juguete en la oreja. Mi hijo me observó, expectante, con una sonrisa enorme y esperanzada.

– ¿Diga? –murmuré. Y, al hablar, noté cómo se me hacía un nudo en la garganta. Sin saber por qué, me eché a llorar.

Mi hijo se acercó lentamente y me quitó el teléfono de las manos. Observaba mis lágrimas.

– ¿Qué pasa, papá? ¿Se ha cortado?

TIC TAC
D. Ignacio Cisternas Tirapegui

- ¿DÓNDE ESTOY? – pregunto sorprendido al hombre de barba blanca.
- ¿Dónde crees que estás? – me pregunta él de inmediato.
- No lo sé. No lo recuerdo.
- Entonces cuéntame lo que recuerdas.

En el año mil novecientos diez [1910], Hans Roleix Wilsdorf era reconocido como el mejor relojero en toda Suiza. Los señores principales de los diferentes cantones lo contactaban con frecuencia para solicitar sus servicios. Nobles y aristócratas de todo el mundo lo llamaban para comprar sus obras. Su reputación era tan grande como la belleza y perfección de sus relojes.

En el transcurso de su vida creó todo tipo de cronómetros: de péndulo, para ajedrez, de bolsillo, de pulsera, para dama y varón, incluso fabricó un reloj de arena que con el peso de los granos giraba los engranajes que hacían rotar el indicador horario.

La búsqueda por la medición perfecta del tiempo era una obsesión que Hans arrastraba desde su niñez. Por eso, cuando observó por primera vez el reloj que construyó para el cumpleaños cincuenta [50] de su padre, lo hizo con reverencia, incluso algo intimidado ante la perfección de su obra. Es un reloj de pared con forma octogonal, el cuerpo está hecho con madera de jacarandá y piezas de oro labrado sellan las juntas. Dentro de su carcasa barnizada y brillante, avanza una maquinaria precisa, o mejor dicho, circula, porque los cincuenta y dos [52] engranes rotan con exactitud mesiánica. Lo único que Hans no consiguió hacer fue que sus campanas tañeran cada hora, pero eso ya lo sabía, Hunhau se lo dijo mucho antes que pusiera la primera pieza.

– Recuerdo que estaba observando el reloj de mi abuela en la exhibición de la subasta del día siguiente – le contesté al hombre de barba blanca.

– ¿Y qué pasó luego?

– Lo revisé con detención. Lo descolgué y abrí su mecanismo. Ese reloj es mágico. Funciona desde siempre y jamás se ha reparado ni se la ha dado cuerda. Es precioso. Y su historia, de lo más rara. Es un Rolex original fabricado a mano por el fundador de la marca, a principios del siglo veinte [S. XX]. Es típico de la época. Un

octágono construido en madera de jacarandá. Una madera muy valiosa y resistente, y que posee propiedades únicas de aislamiento acústico, lo que la hace la preferida por los artesanos para hacer relojes. ¿Entiende? – El hombre asiente con una sonrisa y se sienta en una silla que juraría no estaba ahí antes. Lo miro extrañado, pero en lugar de preguntar, continúo –. Bueno, en realidad no importa de qué está hecho el reloj. Lo importante es que a pesar de ser un reloj suizo del siglo pasado, tiene unos tallados muy extraños. Unos jeroglíficos característicos de las culturas mesoamericanas, como los mayas o algo así. ¿Interesante, cierto?

– ¡Mucho! Por cierto. Cuénteme más – el hombre me observa como si fuera un conejillo de indias, un bicho raro en un lugar raro. Sin embargo, algo no me permite desconfiar de él.

– Bueno, el asunto con el reloj – continúo - es que además de único por los tallados mayas, por ser un Rolex fabricado a mano, porque está decorado con oro de veinticuatro quilates [24K] y por un sin fin de razones más... el reloj es único porque era de mi abuela. Ella me lo regaló la noche cuando... – siento el ardor del llanto en mis ojos, pero continúo como si nada sucediera – Como sea. Esa noche hablamos durante horas y antes que me pidiera que la dejara sola, porque estaba cansada y quería dor-

mir, me dijo que ese reloj era mi herencia. Que sin importar lo que pasara, ese reloj era mío. Era su regalo para mí. Y yo le juré que lo conservaría toda mi vida.

Desde pequeño, Hans Roleix observó a su padre fabricar relojes. Le fascinaban los engranajes y sus pequeños dientes. Le encantaba verlos girar, pero lo que más le agradaba era el incesante sonido que hacían, un tic tac infinito, como una gota tras otra que cae en un lago en perfecta calma. Él sabía que la razón de ese particular sonido es la oscilación del volante y su espiral metálica. Ése es el corazón del reloj. La pieza que bombea la energía vital para hacer girar los engranajes.

Gracias a su amor por su padre, su fascinación por los engranes y su obsesión por la medición exacta del tiempo, Hans progresó mucho más rápido que su mentor y a los doce [12] años logró fabricar su primer cronómetro. Eso si no contaba los relojes de sol y de arena que hizo a modo de experimento cuando era apenas un crío.

Pero a medida que crecía, su progenitor envejecía. Muy joven, a los treinta y cuatro [34] años, su padre sufrió una artritis feroz, que al cabo de tres [3] años deformó sus dedos de tal manera, que no pudo trabajar más con las manos. Por fortuna, para esa época Hans ya tenía quince

[15] años y se hizo cargo de la empresa familiar. Pronto recibió su primer pedido, y luego su segundo y tercero, y comprendió que el tiempo de entrega de sus relojes le impedía lograr la perfección del mecanismo dentro de ellos. No tenía tiempo para crear una máquina perfecta para medir el tiempo. No entendía la paradoja que aquella frase planteaba, pero sí sabía que descubriría la solución. Tardó más de un año en comprender que sólo lograría hacer un reloj perfecto si usaba toda su vida en ello (o quizá la vida de otro). Entonces decidió que le regalaría a su padre el reloj perfecto el día de su cumpleaños cincuenta [50]. Tenía dieciséis [16] años.

– Esa noche me quedé a dormir en casa de mi abuela. Confieso que me levanté varias veces para ver el reloj. Algo en él me atraía más allá de cualquier razón lógica. Yo acababa de volver a Chile y lo hice exclusivamente porque mi abuela fue hospitalizada. Esa bruja tenía la salud de un roble, así que si cayó en cama es porque algo grave le sucedía. De hecho, el médico me dijo que no creía que saliera con vida de la clínica, pero lo hizo. Sobrevivió hasta la casa sólo para llevarle la contra al doctor – sonrío, pero el hombre de barba no comparte mi sentido del humor -. Como sea. El hecho es que a las cinco treinta y siete de la mañana

na [05:37 A.M.] del diecinueve de enero de dos mil diez [19/01/2010], el reloj tañó con una letanía mortuoria. Yo sabía que eso era imposible, pues una de las cosas que dijo mi abuela fue que el reloj marcaba la hora con una perfección inaudita, pero que el fabricante nunca arregló sus campanas, así que éstas nunca funcionaron – miré a mi interlocutor con curiosidad. Esperaba ver en su rostro algún asomo de sorpresa o interés, pero nada – Se da cuenta – insisto - ¡Un reloj mágico! Tal como le dije antes – como la expresión del hombre de barba permanecía vacía, continué -. Entonces fui donde mi abuela a verla. Para contarle lo del reloj y sus campanadas. No pensé en la hora, sólo quería hablar con ella.

Cuando Hans empezó la titánica tarea de construir el reloj perfecto, consumió años sólo para lograr engranajes exactos, tanto en peso como medida, pero pronto se dio cuenta que sin importar lo que hiciera, esos engranes siempre perderían un segundo cada trescientos sesenta y cinco [365] días. Y peor, aún cuando consiguiera compensar ese segundo al año, siempre tendría el problema de la cuerda. El reloj debía funcionar solo, eterno y perfecto hasta el fin de los días. El sistema de péndulo ofrecía una solución más perdurable, pero igual terminaba

por detenerse. Eso sin contar que a cada movimiento, el roce lo hacía un poco más lento, lo que producía la pérdida de dos milisegundos [0,002 s] al día. Aunque este sistema era mucho más preciso, no era perfecto. Y mucho menos eterno.

Hans sabía que el secreto del movimiento del reloj radicaba en su corazón, en el tic tac que producía el volante y su resorte en espiral. El problema es que las espirales pierden elasticidad con el aumento de temperatura, por lo que el volante oscila más lento. Buscó compensar esta pérdida a través de la manipulación del mecanismo y para lograr un movimiento constante, desarrolló un rotor perpetuo que da cuerda a la maquinaria al agitar el volante, pero esta solución traía consigo otra pregunta: ¿cómo mover en forma constante un reloj de pared? En uno de pulsera podría funcionar, por el movimiento del brazo, incluso en uno de bolsillo, pero en uno de pared, nunca. Sería ridículo descolgarlo una vez a la semana para zarandearlo y después ponerlo de nuevo en su lugar.

Atascado en este dilema, Hans buscó durante dos [2] años una solución. Entonces volvió a sus inicios, cuando creó su primer reloj de sol. Si bien no tenía la exactitud de los engranajes, el sistema era incansable, mientras hubiera luz, marcaría las horas por la eternidad. Entonces comenzó a investigar para descubrir cómo llevar esta idea a su

maquinaria. Estudió a los egipcios y entendió que ellos concebían el tiempo a través del dios Ra, quien da y quita la vida. Pero su tecnología era demasiado rudimentaria. Sin embargo, esta exploración lo llevó a descubrir a los mayas y la forma en que ellos entendían el funcionamiento del universo. Al igual que los egipcios, los mayas también se guiaban por el sol para medir el tiempo, pero ellos fueron un paso más allá y crearon un calendario perfecto, mucho más exacto y complejo que el georgiano, pues estaba normado por el movimiento de las estrellas y no sólo por el sol y la luna. Unidades de tiempo perfectas y eternas, justo lo que Hans Roleix buscaba.

– Cuando entré a su pieza, la vi tendida de espalda. Lucía tan delgada y frágil que no me atreví a despertarla – sonreí con melancolía –. Me quedé observándola. Bajo las mantas, su cuerpo apenas era visible, por eso tardé unos minutos en darme cuenta de que no se movía. Puse mi oreja en su pecho y entonces lo supe. Había dejado de respi... – un largo sollozo me ahoga y evita que continúe. – Lo entiendo amigo. La muerte es algo que todos nos afecta. No se preocupe. Llore cuanto quiera - lo miré con honda congoja, pero las palabras del hombre de barba eran frescas y reconfortantes.

– Lo siento. Éste es un tema muy delicado para mí. Amé a mi abuela demasiado para expresarlo con palabras, y aunque ya han pasado semanas desde su partida, aún me cuesta contener las lágrimas.

– Lo entiendo. De verdad. No se preocupe.

Suspiré amargamente y luego continué.

– Al verla ahí, le tomé la mano y comencé a hablarle. Tenía la infantil esperanza que si me escuchaba, quizá decidiera volver. Recordé cuando era niño y me daba chocolates, o cuando me compraba libros como regalo para mi cumpleaños... – sonríó con melancolía y el hombre de barba blanca me devuelve la sonrisa, pero la de él era acogedora como una tarde de invierno frente a la chimenea -. Como sea – continuó -. Mientras más hablaba, más evidente era que no iba a regresar. Entonces le supliqué que volviera, aunque fuera para despedirnos – miré a mi interlocutor con la esperanza que adivinara lo que sucedió, pero nada dijo -. Y mientras apretaba su mano helada y lloraba por su partida, las campanas del reloj volvieron a sonar.

– Interesante – comenta él.

– Más que interesante. ¡Milagroso! Antes de esto, yo no creía en la vida después de la muerte. Ahora estoy seguro que esas campanadas fueron la forma en que mi abuela se despidió de mí. Usted pensará que estoy loco, pero no me importa. ¡Yo sé que es verdad! Ese reloj es mágico...

Hans se obsesionó tanto con los mayas y su calendario, que como un rayo de luz en medio de la tormenta, la solución apareció ante él en la forma de una revelación: el único modo de crear un reloj perfecto era ir a México y ahí estudiar a los mayas y su increíble sistema para medir el tiempo. Apenas pisó tierras mexicanas y como si estuviera predestinado para ello, conoció a Hunhau, un chamán maya que prometió enseñarle los secretos del tiempo astral. Sin embargo, lo primero que Hunhau le advirtió fue que el tiempo es una virtud de los dioses y para acceder a su perfecta sincronía debían adentrarse en los misterios de la cosmología maya.

Hans Roleix era un joven impulsivo y se embarcó en esta aventura sin pensar en las consecuencias que aquella decisión acarrearía. Se internó con Hunhau en la selva centroamericana y vivió ahí durante tres [3] años. En ese período comprendió que para ellos, el tiempo es mucho más que una forma de medir el espacio temporal transcurrido, es el modo de representar un ciclo eternamente repetido, una rutina que se reitera cincuenta y dos [52] veces cada cincuenta y dos [52] años mayas, y que representa la eterna pugna entre la vida y la muerte. Entendió que el tiempo, aunque parece infinito, tiene un inicio y un final.

Durante su estadía, Hans estudió todo sobre el tiempo y sus características, pero no descubrió la forma de crear un

reloj perfecto. Tras mil ciento treinta y dos [1.132] días en la selva, Hunhau le preguntó si encontró la respuesta que buscaba, pero Hans confesó que aunque adquirió grandes conocimientos, no pudo solucionar su problema. Entonces, y por primera vez desde que conociera al chamán, le contó la razón de su viaje. Hans le mostró a Hunhau varios bosquejos de su reloj perfecto. Era una obra de ingeniería maravillosa. Logró evitar la pérdida de un segundo al año al hacer circular el mecanismo a través de cincuenta y dos [52] engranajes y consiguió que la oscilación del volante fuera perfecta y suave, exacta hasta al infinito, pero eso de nada servía, pues aún no podía solucionar el problema más complejo de todos: que funcionara sin cuerda hasta el fin de los tiempos.

– Después de la muerte de mi abuela, mi familia decidió subastar todos sus muebles para pagar una deuda que ella mantenía con el banco. Y sin importar cuánto supliqué para que me regalaran el reloj, la respuesta fue siempre la misma: “ese reloj es demasiado valioso para dártelo. Si lo quieres, tendrás que comprarlo en la subasta” – el hombre de barba asiente con una sonrisa comprensiva. Es la primera vez que noto en él real interés por mi historia, así que motivado por esto, continúo –. Pasé semanas expli-

cándole a mi familia el milagro de las campanadas. Les conté que ella me lo heredó. Que me lo dio antes de irse. Pero no pude convencerlos y el reloj se fue a la casa de remates. Así que, como ya le conté antes, fui a la casa de remates a ver el reloj para comprarlo al día siguiente – entonces me doy cuenta que no recuerdo lo que sucedió después. Intento acordarme mientras el hombre de barba blanca me observa.

- ¿Y qué pasó entonces? – pregunta.
- Bueno, no lo recuerdo con exactitud. Seguramente me fui para la casa – contesto dubitativo.
- Entiendo – asiente con amabilidad.

Cuando Hunhau comprendió el dilema del joven Hans Roleix, se comprometió a enseñarle la forma de terminar su reloj perfecto, pero para aprehender dicho conocimiento deberían ir al templo más sagrado de los mayas, un lugar olvidado por el tiempo y oculto en la espesura de la selva centroamericana. El joven aceptó gustoso y se mostró dispuesto a realizar cualquier cosa que fuera necesaria. Hunhau sonrió satisfecho y le explicó que estaba muy cerca de lograr su objetivo, solo faltaba un último detalle: la energía que moviera el reloj. Hans, que ya sabía eso, no imaginaba de qué forma un indio podría lograr lo que él, el relo-

jero más famoso de toda Suiza, era incapaz de solucionar. Hunhau le explicó que estaba bien encaminado en su trabajo, la idea de los cincuenta y dos [52] engranes era brillante y la forma de combinarlos representaba una solución digna del dios maya Hunab Kú. Pero lo que él nunca dominaría es la energía vital del tiempo, que es la única forma de lograr un movimiento eterno y perfecto hasta el fin de los días. Ésta es una virtud que solo domina *Hunab Kú, dador del movimiento y la medida*. Sin embargo, Hunhau sabía cómo hacerlo.

Hans Roleix y Hunhau se internaron aún más en la selva, hasta llegar a un templo abandonado hacía milenios. El chamán le explicó que ahí se inició todo y en ese mismo lugar, también habría de terminar.

Hunhau le dijo que para lograr su objetivo debía fabricar la espiral del volante con una aleación de oro, paladio y plata. Luego dibujó un pictograma al centro de un octágono perfecto y cercándolo, cincuenta y un [51] símbolos más pequeños. Esos jeroglíficos habrían de absorber la energía vital del tiempo y la canalizarían a través del volante y su resorte en espiral. Entonces tomó un cuchillo e hizo un corte en su mano derecha. Bañó con su sangre la hoja metálica y se la dio a Hans. Él debía usar esa navaja para tallar con exactitud cada grabado alrededor del cuerpo del reloj e introducir la maquinaria en el centro

exacto del pictograma octogonal. Además, le advirtió que debía firmar su obra con su apellido labrado en oro, sino Hunab Kú lo maldeciría hasta el fin de los días. Por último, debía sellar el cuerpo del reloj con oro, el único metal capaz de conservar la energía divina y mantenerla encerrada en su interior.

Al despedirse, Hunhau le dijo a Hans que lo único que no podría hacer es que las campanas repicaran cada hora, pues ése era tiempo de hombres y el reloj que él se disponía a construir marcaba el tiempo del universo y para las estrellas no existen las horas, sólo los ciclos. El inicio de uno marca el fin del anterior.

Cuando Hans se embarcó de vuelta a Europa, llevaba en sus maletas todo cuanto necesitaba para lograr su sueño: la medición exacta del tiempo desde el principio hasta el fin. Durante el viaje se acordó de Hunhau y trató de imaginarlo, pero no lograba darle forma, no sabía si era joven o anciano, alto o bajo, delgado o gordo, sólo tenía un recuerdo brumoso que se construía a través de palabras y sonidos, pero ninguna imagen acompañaba a Hunhau.

Para cuando llegó a puerto, Hans había olvidado por completo al chamán y sólo pensaba en lo cerca que estaba de completar su sueño. Paradójicamente, el tiempo estaba en su contra, pues apenas quedaban cuatro [4] años para el cincuentenario de su padre.

– El día de la subasta llegué temprano y con la ansiedad de un niño que espera al viejo pascuero, aguardé que remataran el reloj. Cuando empezó la puja, me di cuenta de inmediato que la lucha sería difícil. De partida, la postura mínima fue de seis millones de pesos [\$6.000.000] y de ahí subió como la espuma de la cerveza en una mesa de borrachos – miré a mi interlocutor, pero mi chiste ni siquiera le provocó una mueca. Tampoco lo hizo el valor del reloj –. Bueno, quizá usted no crea que un reloj pueda costar tanto, pero ése no es un reloj cualquiera, como ya le dije antes. Primero, es un Rolex hecho a mano por el fundador de la marca. Además, tiene adornos de oro. Y los extraños tallados mayas que ya le mencioné e incluso, según me enteré por el martillero, la espiral que da cuerda al reloj está hecha de oro blanco. Usted debiera haber estado ahí. El martillero, un Sr. Eyzaguirre si mal no recuerdo, era de lo más divertido, mientras subía el valor, él agregaba detalles anecdóticos a la historia del reloj, como que su antigua dueña fue la persona cincuenta [50] que lo tuvo en su poder. Imaginé cómo podría haber sido la vida de los otros cuarenta y nueve [49] y entendí que yo sería el dueño número cincuenta y uno [Nº 51] – el hombre de barba blanca permanecía inmóvil en su silla. Su presencia era sobrecogedora de alguna extraña manera -. El martillero también contó que para construirlo el fabricante hizo un

pacto con el diablo. Luego trató de engañar al diablo y por eso, ahora el reloj está maldito y es capaz de predecir la hora de la muerte de su dueño – sonreí con aire autosuficiente pero no encontré nada en la expresión de mi interlocutor, ni sorpresa, ni emoción, ni deseo, ni nada. Solo barba. A esas alturas, decidí que no me interesaba lo que él pensara. Lo único que quería era recordar como llegué hasta ahí –. Como sea. Me sorprendí al descubrir que el martillero sabía más del reloj que yo. Luego pensé que solo estaba inventando cosas para subir el valor de la subasta, pero de inmediato recordé la muerte de mi abuela y las campanas antes y después de su partida – siento el amargo sabor de las lágrimas cuando están a punto de aflorar, pero me aguanto -. Yo sabía que la maldición era verdadera, pues había sido testigo privilegiado, pero no se lo podía decir a nadie. Por dos razones obvias. La primera, es que nadie me creería y pensarían que estoy loco. Y la segunda y más importante, si por casualidad alguien confiara en mi palabra, sólo conseguiría subir el valor del reloj, que para esas alturas ya rozaba los nueve millones y medio [9.500.000]... es curioso, pero cada vez me cuesta más recordar lo que pasó – miro el espacio vacío que nos rodea e intento acordarme, pero nada salta a mi mente -. Como sea. Cuento corto, compré el reloj por quince millones doscientos cincuenta mil pesos [\$15.250.000].

El primero de junio de mil novecientos diez [01/06/1910], el día del cumpleaños cincuenta [50] de su padre, Hans envolvió con delicadeza su regalo. Lo tomó en sus brazos y comenzó a bajar las escaleras, pero antes de llegar al último peldaño, escuchó tañer las campanas y luego el grito de su madre y hermana. Corrió hasta el comedor familiar solo para encontrar a su padre botado sobre la torta de cumpleaños, con los ojos blancos y un hilillo de baba y sangre fluyendo con lentitud de su boca.

Hans Roleix recordó a Hunhau y su advertencia. Abrió el paquete y puso su regalo frente al cadáver de su padre, con la esperanza que por lo menos su alma lograra verlo. Entonces las campanas repicaron con sus sonos de muerte y Hans comprendió que ese sonido era su padre diciendo adiós.

Meses después, su madre le preguntó por qué firmó Rolex en el reloj en lugar de “Roleix”, a lo que Hans se limitó a contestar que se quedó sin oro para hacer la “i”. Hans guardó su pecado hasta la tumba y junto con él, murió también su secreto.

Hans Roleix Wilsdorf falleció la madrugada del trece de septiembre de mil novecientos veinticuatro [13/09/1924]. Tenía cincuenta y dos [52] años y lucía una notable barba blanca. Su expresión era serena.

– Y qué pasó cuando compró el reloj – preguntó el hombre de barba.

– No lo sé. Espera... - un sonoro silencio invadió el espacio donde estábamos – ¡ahhh sí! Ahora lo recuerdo. Unos días después fui a buscar el reloj y me fui con él a la casa y entonces... - busqué en mi memoria para sonsacar de sus recovecos lo sucedido, pero nada conseguí, aunque por fin pude notar la ansiedad dibujada en el rostro de mi interlocutor. Eso me hizo recordar –. Entonces... escuché sonar las campanas del reloj.